

28 de junio. XIII domingo de tiempo ordinario

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles: «El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; y el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará. El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado. El que recibe a un profeta porque es profeta, tendrá paga de profeta; y el que recibe a un justo porque es justo, tendrá paga de justo. El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca a uno de estos pobrecillos, solo porque es mi discípulo, no perderá su paga, os lo aseguro». (Mateo 10, 37-42)

1. ¿Qué dice la Palabra?

Tras el Sermón de la Montaña (capítulos 5 a 7), San Mateo recoge este segundo discurso, en el momento en que Jesús va a enviar a sus discípulos a predicar, dándoles instrucciones sobre el seguimiento del Señor.

La primera afirmación es casi escandalosa: “¿cómo puede pedirme Jesús que ame menos a mis padres, a mis hijos o a mis nietos?”

Quien ama a los seres cercanos más que a Jesús, no podrá ser un verdadero discípulo. No se trata de no amar a los demás, al contrario, amarlos en gran medida. Pero este amor no debe ser de posesión, sino de entrega. El amor primero y absoluto a Jesús. Aquí es importante entender que para un judío el mandamiento primero es: “*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, toda tu alma y con toda tu mente*” (Dt 6,5). Es aquí donde muy claramente Jesús está dando a entender que Él es ese Dios único y verdadero al que hay que amar con todas las dimensiones de la vida.

Sólo es digno para hablar de Dios, quien le ama sobre todas las cosas. Esta dignidad está en relación con la

capacidad que tenemos de abrazar la cruz y de seguir al Maestro en el camino del Calvario.

Tomar la cruz y seguir al Señor, es asumir la vida propia, sabiendo que llegaremos hasta el fin. Esta crisis de la Pandemia nos ha recordado que no somos inmortales y que nuestras acciones son efímeras.

Estamos de paso en esta vida y no hemos de desear otra cosa que agradar al Señor. No estamos para agradarnos a nosotros mismos, sino que el seguimiento de Cristo, implica seguir a alguien que por decir la verdad es crucificado. Es una invitación a la verdad y a la radicalidad del Evangelio.

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

La vida en este mundo no es para siempre, ya que, por el pecado original nosotros deberemos pasar por la muerte. Pero Jesús con su muerte nos liberó de la atadura de la muerte eterna y nos invita a resucitar con Él.

Por este motivo, amar la propia vida en este mundo, es amar algo que algún día desaparecerá. Sólo nuestra alma inmortal permanecerá. La vida debe ser vivida en plenitud para servir, para dejar huellas, para que después de nuestro paso por este mundo terrenal hayamos contribuido a construir un mundo mejor donde Cristo reine y se le ame sobre todas las cosas.

El texto culmina con la esperanza que quien reciba a los discípulos de Jesús y los atienda, recibirá al mismo Jesús y todos recibirán una buena recompensa.

- ¿Estoy convencido que debo amar más a Jesús que a los demás?
- En mi relación con los demás ¿Soy posesivo? ¿Amo más a los demás que Dios? ¿Está bien esta forma de sentir?
- ¿Creo de verdad que Jesús es el Hijo Único de Dios verdadero y por esa razón debo amarlo con todo el corazón, con toda el alma y con toda mi mente?

3. ¿Qué le decimos a Dios?

Comparto con vosotros un texto que me hizo mucho bien en mi proceso vocacional:

«Me da miedo decir que sí

¿A dónde me acabarás llevando?

Y yo tengo miedo de decir sí, Señor.

Tengo miedo de darte la mano: te quedarías con ella.

Tengo miedo de cruzarme con tu mirada: eres un seductor.

Tengo miedo de tu exigencia: eres un Dios celoso.

Estoy acorralado y trato de esconderme.

Estoy cautivo pero me debato

y lucho sabiéndome vencido.

Tú eres más fuerte, Señor,

Tú posees el mundo y me lo quitas.

Cuando extendiendo la mano

para acoger una persona o una cosa,

todas se desvanecen delante de mis ojos.

¡Pero si yo te amaba, Señor!

¿Qué es, entonces, lo que yo te he hecho?

Yo trabajaba por Ti, yo me entregaba.

¡Oh gran Dios! ¿qué más quieres?

—Hijo mío. Yo quiero más de ti y del mundo.

Antes tú me dabas tu acción, y eso no me sirve para nada.

Tú me invitabas a bendecirla,

me invitabas a sostenerla,

querías interesarme en tu trabajo.

Pero fíjate bien, al hacerlo, hijo mío, tú invertías el juego.

Yo antes veía tu buena voluntad, te seguía con los ojos,

pero ahora quiero más:

no se trata de que tú hagas tu acción

sino la voluntad de tu Padre del cielo.

Di “Sí”, hijo mío.

Necesito tu sí como necesité el de María

para venir al mundo.

Porque soy Yo quien debe meterse en tu trabajo,

entrar en tu familia, en tu barrio, Yo y no tú.

*Porque es mi mirada la que penetra y no la tuya,
es mi Palabra la que arrastra y no la tuya,
es mi vida la que transforma, no la tuya.*

Dame todo, ponlo todo en mis manos.

*Yo necesito tu “sí” para desposarme contigo
y descender a la tierra,*

necesito tu sí para seguir salvando al mundo.

*—Oh, Señor, tus exigencias me dan miedo,
pero ¿quién puede resistirse?*

*Para que tu Reino llegue y no el mío,
para que se cumpla tu voluntad y no la mía,
ayúdame a decir sí.*